

El capital en España. En el 150 aniversario de su publicación

PEDRO RIBAS

Universidad Autónoma de Madrid

Tras leer esta obra de Marx, cuyo primer libro apareció en 1867, con una tirada de 1000 ejemplares, uno se puede preguntar, con toda razón, cómo es posible que un texto tan difícil de leer haya podido ser una obra popular. Sobre ello escribía el krausista Adolfo Posada en 1904: “Lo que de verdad sorprende es cómo esa obra tan asimétrica, tan poco ordenada, tan difícil, no ya de entender, sino hasta de leer, ha llegado a ser una obra popular, o, por lo menos, la obra en que se apoya la propaganda expansiva y dominadora del partido popular por excelencia”¹.

Lo cierto es que en los comienzos del movimiento obrero español los seguidores de Marx representaban una minoría dentro de la Internacional. La corriente mayoritaria en nuestro país durante el siglo XIX y hasta los años 30 del XX fue el anarcosindicalismo. Los internacionalistas seguidores de Marx, los que se expresaban en el semanario *La Emancipación*, estaban en minoría, pero ahí comienzan a difundirse textos suyos. El semanario, aparte de verter por primera vez el *Manifiesto comunista*, tradujo fragmentos de *El capital* y sirvió de intermediario para dar a conocer la traducción francesa (en cuadernillos, 1872-1875), que fue la importante para los países latinos y para muchos no latinos. De esta traducción francesa se publicaron al menos 15000 ejemplares.

Posteriormente, una vez que los socialistas tuvieron su propio partido desde 1879, consiguieron publicar el semanario *El Socialista*, desde 1886. En él aparecieron los textos de Marx que antes habían salido en *La Emancipación* y en él se difundió, no *El capital*, sino el resumen que de él realizó el socialista francés Gabriel Deville, en 1883, traducido al español por Antonio Atienza de la Rosa en 1887. *El capital*, libro I, fue traducido por primera vez al español por el republicano Pablo Correa y Zafrilla y publicado entre 1886 y 1887. Pero se trata de una edición mutilada, hecha del francés, sin ningún rigor. La primera traducción directa del alemán es la que realizó el socialista argentino Juan Bautista Justo en 1898. Esta edición, que publicó en Madrid el tipógrafo y socialista español Antonio García Quejido, en cuadernillos, es una muestra de la colaboración entre socialistas españoles y argentinos. Pero la distribución no debió

¹ POSADA, A., *Socialismo y reforma social*, Madrid, establecimiento tipográfico Ricardo Fé, 1904, pp. 182-183. Posada contestaba al artículo “La popularidad de *El capital*”, publicado por el socialista español Juan José Morato en el semanario *La Aurora Social* (Oviedo).

tener mucho éxito, pues en 1903 García Quejido dona al comité nacional del PSOE 800 ejemplares, gracias a lo cual *El Socialista* pudo venderlo a 3,50 pesetas, en lugar de las 7,50 que costaba normalmente. Para no repetir aquí datos que tengo publicados en diversos trabajos míos, resumiré diciendo que hasta 1939, en que España entera queda sometida a la dictadura de Franco, aparecieron cinco ediciones del libro I de *El capital* (una de ellas en Argentina) y una de los libros I, II y III. Los resúmenes, en cambio, fueron más numerosos, al menos 16. Digo “al menos” porque me baso en los datos reunidos por mí. Puede haber, y seguramente hay, ediciones que desconozco, sobre todo en la inabarcable prensa de las diversas regiones de España. Y conviene reseñar que la difusión importante fue la del resumen de Deville. El editor Sempere, en carta a Unamuno de 1909, dice que ha editado 26000 ejemplares (9000 vendidos en España, 14000 en América).

Por lo que se refiere a estudios o análisis de *El capital*, no hay ningún libro de envergadura sobre él salido de las filas del socialismo español. Lo más serio en este sentido fue el *Informe* (1884) de Jaime Vera en la Comisión de Reformas Sociales. Este *Informe* es el escrito que más se aproxima a una lectura de *El capital*, ya que plantea la lucha de clases en el sentido de oposición entre capitalistas y obreros y emplea el vocabulario de Marx como ningún autor español lo había usado hasta entonces. Al mismo tiempo, pone en evidencia el contexto positivista en que fue recibido *El capital*. Jaime Vera dice en el *Informe* que “el capitalismo no sólo no debe subsistir, sino que no puede subsistir”, sentencia que muestra claramente que él discurre dentro de lo que se ha llamado “teoría del derrumbe”, según la cual el capitalismo se viene abajo necesariamente, como un castillo de naipes.

Entre 1898, fecha de la publicación de la versión española de Justo, y 1931, fecha en que sale la edición de Manuel Pedroso, que incluye, por primera vez, los tres libros de *El capital*, no hay, pues, en España ningún estudio de envergadura sobre la obra de Marx. Aparecen trabajos interesantes, como *Notas para la historia de los modos de producción en España* (1897), del tipógrafo ya mencionado Juan José Morato. Otros, como *Ensayos de economía social* (1928), son también muy dignos de tener en cuenta. Estos *Ensayos*, que antes había publicado García Quejido, en 1901, en la revista *La Nueva Era*, son importantes por constituir una crítica de la lectura de *El capital* que dominaba entre los socialistas españoles en los años 90 del siglo XIX y primeros del XX. Me refiero a *La ley de los salarios y sus consecuencias*, del socialista francés Jules Guesde, un folleto que defendía la llamada ley férrea de los salarios, tomada de Rodbertus y Lassalle. Según esta ley, los salarios, dentro del capitalismo, no pueden sobrepasar el nivel mínimo de subsistencia. Es decir, el pauperismo, el salario mísero, es inherente al capitalismo. Marx, al que se atribuía también esta ley, la rechaza claramente en *El capital*. Lo más interesante de los *Ensayos* de García Quejido, que conocía *El capital* por haberlo compuesto letra por letra (el primer libro), es que desautoriza a Guesde y su ley férrea de los salarios usando la obra de Marx y extrayendo ejemplos de los salarios en España. Y conviene recordar que él entendía del asunto, siendo, como era, el fundador del sindicato socialista Unión General de Trabajadores (UGT). Si no me equivoco, es la segunda vez que los socialistas españoles usan el texto de Marx para rectificar o corregir posiciones. La primera vez fue José Mesa, en *La Emancipación*, para mostrar que Proudhon, al que, inicialmente, el semanario tomaba

como maestro del socialismo, no era compatible, por su teoría económica, con la teoría económica de Marx. Y también Mesa entendía de esto, pues tradujo *Miseria de la filosofía* (1891)², libro que Marx había escrito en francés (1847) para batir a Proudhon en su propia lengua.

Aunque entraron intelectuales en el PSOE desde la segunda década del siglo XX, sobre todo a partir de la conjunción republicano-socialista de 1909, el cultivo de la teoría siguió siendo muy pobre dentro del partido obrero. Es más, los años 1910-1920 son años en se publica muy poco de Marx y sobre Marx, a pesar de que el PSOE cuenta ya con un diario. Efectivamente, el órgano del partido obrero, *El Socialista*, deja de ser semanario para aparecer todos los días. Sale alguna publicación sobre la obra de Marx, pero más bien desde fuera de las filas socialistas, como es el caso de libros de Pedro Pérez Díaz, hombre próximo al institucionalismo krausista, de Antonio Flores de Lemus o de Pedro Amado Inchausti.

La primera discusión de cierta envergadura sobre la obra de Marx tiene lugar entre dos socialistas, Luis Araquistáin y Julián Besteiro. Como suele ocurrir en las discusiones económico-sociales, sobre todo si versan sobre la lectura de Marx, no es un debate meramente académico, sino que tiende, más que a interpretar a Marx, a justificar o legitimar una política. Como me he referido a este debate en mi citado libro *Aproximación a la historia del marxismo español (1869-1939)*, a él remito³.

Durante la dictadura de Franco, Marx desaparece oficialmente del mapa español. Si se habla de él, en publicaciones de la Iglesia o de instituciones de la dictadura, es para denigrarlo como “judío”, “materialista”, “ateo”, “pangermanista”, etc. Naturalmente, si habláramos de los españoles exiliados de la Guerra Civil, sí encontraríamos a marxistas eminentes en literatura historia, filosofía, antropología y en otras materias. Wenceslao Roces es, como traductor, desde México, la gran figura en lo que se refiere a la difusión de Marx en español, mientras que Adolfo Sánchez Vázquez se convertirá, en la década de 1960 y siguientes, en una voz muy escuchada, siendo quizá el autor más leído entre los intérpretes del gran teórico y revolucionario alemán en lengua española después de Mariátegui. Manuel Sacristán llegó probablemente a ser más conocido, como teórico marxista, dentro de España, pero en Latinoamérica creo que es Sánchez Vázquez el más conocido.

Pero hablemos en concreto de las traducciones de *El capital* al español. Dejo aquí de lado los resúmenes para centrarme en las versiones no resumidas, y paso por alto el inmenso problema de cuál era exactamente el gigantesco proyecto de Marx sobre esta obra. Decir “exactamente” es ya una deformación, pues depende de qué momento tomemos de ese proyecto, que siempre fue un trabajo en construcción, nunca una obra acabada. La MEGA, la edición crítica de los escritos de Marx y Engels, hoy todavía inconclusa, está terminada justamente en la sección económica, la II, con lo cual se puede hablar ya con bastante más conocimiento que antes acerca de sus escritos económicos, aunque no es necesario ser un experto para saber que esos escritos económicos se entenderán mejor cuando puedan ir acompañados de los extractos que escribía

² Véase sobre ello mi *Aproximación a la historia del marxismo español (1869-1939)*, Madrid, Endymion, 1990, pp. 14-16.

³ *Ib.*, pp. 149-160.

Marx de sus lecturas y que forman la sección IV, no terminada, y acompañados de las cartas, la sección III, igualmente sin terminar, aunque las cartas, a diferencia de los extractos, se hallan en gran medida recogidas en ediciones anteriores, como las MEW⁴.

Ya queda dicho que la primera traducción está mutilada y es intolerablemente incorrecta. La de Justo, que vierte el texto de la 4ª edición alemana, abre el camino de las siguientes. Él mismo se lamenta de haber estado a excesiva distancia del editor para corregir erratas que después corrigió en la edición argentina de 1918. Lo importante es que Justo tradujo el texto del alemán y lo hizo con su español escueto, libre de florituras⁵. No sabemos qué tirada tuvo esta primera edición, la de 1898, pero sospecho que no pasaría de 2000.

La segunda traducción directa es la de Manuel Pedroso, en 1931, que incluye, por primera vez, los tres libros de *El capital* en un grueso volumen de 1611 páginas. No he examinado a fondo esta traducción⁶, pero a, juzgar por la crítica que escribió Rocés en la revista comunista *Bolchevismo*, es muy defectuosa. La de Rocés, en cambio, gana en rigor, respecto de la de Justo, aunque cae también en errores. Quizá una virtud destacable de la versión de Rocés es la fuerza del español con que intenta transmitir el vigor irónico de Marx, aunque no se cuide tanto de verter uniformemente expresiones hoy consagradas en su vocabulario, como, por ejemplo, “modo de producción”. Sin duda tiene razón Scaron, el traductor de *El capital*, editorial Siglo XXI, cuando señala errores en que incurre Rocés, pero no hay que olvidar que cada nueva traducción cuenta con estudios, diccionarios y otras ayudas de las que carecía todavía Rocés en los años 30 del siglo pasado. Tampoco he observado si, a lo largo de las múltiples ediciones de su versión de *El capital*, Rocés ha introducido modificaciones. Hasta la 5ª edición (1965), la que yo he manejado, no se indica nada al respecto.

La traducción de una obra de la envergadura de *El capital* no es tarea fácil. Observo, por ejemplo, que W. Haug, en su *Das Kapital lesen – aber wie? (Leer El capital, pero ¿cómo?)*, 2013, critica las traducciones inglesas de Moore/Aveling (1887) y de Fowkes (1976) por inducir a errores de intérpretes como David Harvey. En realidad, Haug responsabiliza a Engels como editor de la traducción de Moore/Aveling. Harvey⁷, siguiendo el texto vertido por Fowkes, usa, por ejemplo, “materia” donde el original alemán dice “Naturstoff”. Y como Marx escribe en *El capital* que “ni un átomo de materia entra en la objetividad del valor”⁸ y habla, irónicamente (pero hay quien no capta la ironía⁹), de “una propiedad sobrenatural de los valores” se producen

⁴ MARX, K., y ENGELS, F., *Werke*, Berlin, Dietz, 44 vols., más dos de índice y uno de registro (*Sachregister*).

⁵ Véase TARCUS, H., *Marx en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, cap. IV. 8: “Juan B. Justo traductor de *El capital* (1897-98)”.

⁶ Para el editor Manuel Aguilar fue desde luego un éxito económico. Véase, si no, lo que cuenta sobre esta edición, entre cínico e irónico, en sus memorias, *Una experiencia editorial*, Madrid, Aguilar, 1972, pp. 702-703.

⁷ *A Companion to Marx's Capital*, London-New-York, Verso, 2010.

⁸ MEW, 23, p. 61.

⁹ Juan Huarte, al encontrarse con el pasaje de Marx en el que habla de la “cualidad sobrenatural de ambos objetos [el traje y la tela]”, exclama escandalizado: “¿Qué es esto de recurrir a lo sobrenatural un materialista dialéctico?”. *Una lectura crítica de El capital*, Madrid, Unión Editorial, 1981, p. 55.

distorsiones de sentido. Según Haug, al no distinguir Harvey entre “materie” (tal es la traducción de “Naturstoff” por Fowkes, la usada por Harvey) y el término alemán empleado por Marx, no ve que “nichtstoffliche” no significa “inmaterial”, lo que le lleva a una lectura errónea, la de considerar que las relaciones sociales son inmateriales. Para Marx esas relaciones son, naturalmente, empíricas, sensiblemente observables. Harvey no cae en la ingenuidad de lectores como Juan Huarte, pero sí aprovecha el tema para hablar de una “desmaterialización” del sistema financiero entero desde los años 70 del siglo XX, aludiendo a que se abandonó el oro como seguro del dinero, liberando así la capacidad de acción de los Estados en el terreno financiero. Haug argumenta, frente a esa “liberación”, que tal abandono no significa que los intercambios pasaron de ser materiales a ser inmateriales, como si el dinero ya no fuese signo de otra cosa, sino signo de sí mismo, es decir, valor por sí mismo. Esto es para Marx un sinsentido, un disparate, ya que el dinero se apoya en la mercancía. Él lo expresa diciendo que “la forma dinero de la cosa [...] no es más que la forma fenoménica de relaciones humanas escondidas bajo ella”¹⁰. Harvey afirma que las categorías de la economía política “son meras formas de pensamiento” Pues no, dice Haug, son de hecho representaciones correctas de relaciones invertidas, en el sentido de que la relación de los hombres con sus relaciones de producción y, por tanto, con sus relaciones entre sí, están invertidas dentro del capit¹¹alismo.

Haug llega a la conclusión de que el inglés como lengua franca de hoy, impone una forma de ver, una cultura, que deforma el original de Marx. Por ello reclama una nueva traducción inglesa. Pasemos ahora de la inglesa a las españolas. Probablemente hay en español más traducciones de *El capital* que en ningún otro idioma, aunque es simple conjetura, partiendo de que una obra de Marx mucho menos difundida y editada sólo desde 1971, los *Grundrisse*, tiene en español cinco traducciones, más que en ninguna otra lengua. Veamos algunas de las traducciones de *El capital* para comprobar si la incorrección que Haug atribuye a la traducción inglesa, al verter “Stoff” o “stofflich” como “materia” o “material”, se produce también en español. Y me refiero ahora a traducciones que están actualmente disponibles en librerías, bibliotecas universitarias o municipales, etcétera, no a traducciones antiguas como la de Justo. Si acudimos a Roces, traduce “Stoff” y “stofflich” como “materia” y “material”. Y no sólo él, sino también Scaron y Sacristán. La cosa no es fácil de resolver, pues exigiría o bien rodeos complicados en la traducción, o bien, y yo diría que es lo recomendable y suficiente, que el traductor advierta en nota cuál es la palabra usada por Marx para indicar “materia”, después de haber señalado la diferencia de significado entre “Materie” y “Stoff”.

Aproximadamente lo mismo que con “Soff” y “stofflich” ocurre con “sachlich” (adjetivo del sustantivo “Sache”, cosa), que para Marx significa lo objetivo en el sentido de lo contrario de “personal”. Tanto Roces como Scaron lo vierten como “material”. Sacristán, más acertado, lo traduce como “objetivo”¹². Son matices que en

¹⁰ MEW, 23, p. 105; Roces, I, p. 53; Scaron, I, 1, p. 111; Sacristán I, p. 102.

¹¹ Pero tampoco Sacristán se salva de ambigüedades, pues traduce, por ejemplo, *Wertgegenständlichkeit*, como “materialidad de valor” (*El capital*, vol. 40 de OME, libro I, p. 82). Yo lo vertería como “objetividad de valor”, y así lo traduce Scaron (*El capital*, libro I, vol. 1, p. 88).

¹² Véase p. 627 de FERNÁNDEZ LIRIA, C. y ALEGRE ZAHONERO, L., *El orden de El capital*, Madrid, Akal, 2010. En este libro el porte académico queda acentuado por citar a Marx remitiendo normalmente a la

muchos casos no encierran gran problema, pero sí en otros, sobre todo en el análisis de la mercancía, el capítulo inicial de *El capital*. Haug dedica unas interesantes páginas a *idealer Durchschnitt* (una expresión empleada por Marx una sola vez en *El capital*, MEW, 25, 839), concepto que los intérpretes del Marx “lógico” usan profusamente para tejer una lectura “científica” de la obra. Es sorprendente comprobar que “idealer Durchschnitt”, no es “ideal average” (traducción inglesa) ni “moyenne idéale” (traducción francesa), sino que debería ser “ideal section”, “coupe idéal”, en español “sección ideal”. Pero veamos cómo lo traducen realmente los traductores: Roces, “media ideal” (III, 769); Scaron, “término medio ideal” (III, 8, 1057).

Las lenguas tienen recursos para reflejar en una lo que otra expresa con palabras específicas, pero el asunto es peliagudo porque resolver esos problemas es cosa que el lector sólo puede hacer, o bien acudiendo al alemán, lo que no es exigible a todo lector, o bien a una traducción rigurosa. Pero ya vemos que esa traducción rigurosa también encierra problemas. ¿Los resuelven los estudios de los intérpretes? Al menos podemos decir que tales estudios abundan. Naturalmente, mucho más en alemán, ruso, inglés, francés e italiano que en español (aquí, en los estudios, la relación es inversa a la de las traducciones), pero tampoco faltan. Manuel Sacristán ha dedicado estupendas páginas a la obra de Marx. Ernesto Kohan, tanto en *Marx en su (Tercer) mundo* (1998 y 2003) como en *El capital. Historia y método* (2002) presenta un Marx revolucionario, batallador, proyectado sobre Latinoamérica, mucho menos académico de lo que se acostumbra en Europa, pero no creo que menos fiel y riguroso. En este tipo de lecturas es donde puede apreciarse la actualidad de *El capital*. A escala internacional las lecturas que más abundan no son, sin embargo, las del estilo vivo y combativo de Kohan, sino las académicas, las de foros universitarios en que se trata a Marx como a un clásico de las ciencias sociales. De lo que no hay duda es de que es un clásico que sigue dinamitando, con su demoledor análisis, el capitalismo realmente existente y denunciando los velos con que se oculta el funcionamiento de esa maquinaria, un clásico que, por ello, atrae tanto a estudiosos académicos cautivados por el rigor de su obra, como a críticos que prefieren el aire fresco de la lucha social de masas, la que siempre constituyó el lado más práctico y más temido de su proyecto, aunque ambos lados, el del rigor teórico y el de la acción, la unión de teoría y práctica, son el sello distintivo de Marx.

Frente al Marx revolucionario, visto con la mirada de los de abajo, como hace Kohan, Carlos Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero presentan un Marx muy althusseriano, no dialéctico, enredado en el problema de la transformación de valor y precios, un problema que lleva años de discusión y miles de páginas dedicadas él. Para Fernández Liria y Alegre Zahonero el mercado capitalista, tal como funciona realmente, no se deduce del estudio de la mercancía que encontramos en la primera sección de *El capital*. Esto significa que Marx, en lugar de haber construido un sistema cerrado, en el que los conceptos se deducen rigurosamente unos de otros, ha dejado cabos sueltos, con lo cual el mercado del que él parte, pensado a partir del concepto “sustancia de

MEGA. Aunque los autores indican que se sirven de la traducción de Scaron, no la citan en sus referencias a los textos de Marx.

valor”, es todo lo contrario del capitalismo¹³. El suprimir lo procesual, lo social en su proceso, en su génesis (cosas que Marx refleja bien gracias la ayuda de la dialéctica), queda cercenado en la visión de Fernández Liria-Zahonero, mientras es resaltado por Kohan merced justamente al acento en el movimiento, en lo procesual, en lo dialéctico de la exposición utilizada por Marx. Creo que estas dos visiones de *El capital*, la logicista y monetarista de Liria-Zahonero y la de Kohan, que defiende una lectura centrada en la dialéctica, viendo en ésta el alma viva del análisis que Marx practica en su libro, ocupan de alguna forma el apasionante debate sobre la manera de leer hoy esta obra inacabada. Para una panorámica más orientada hacia Latinoamérica, sobre todo hacia México, remito a Gabriel Vargas Lozano. Para una crítica de las lecturas monetaristas hay que acudir al meditado, riguroso, académico, imprescindible libro citado de Haug, que debería traducirse al español.

¹³ VARGAS LOZANO, G., “Karl Marx ¿Cómo leer a un clásico de nuestro tiempo?”, en *Revista Cultura Latinoamericana*, n. 24 (2016), pp. 87-108.